

El otro lado de la pandemia

Por Dalia Romina Fuentes Steele

La casa de la colina

Aún recuerdo la casa encima de la colina. Mis ojos se convertían en túneles infinitos, cuyo fin, si es que existía, comenzaba donde el resplandor de la casa inundaba mi ser. Era dorada, era brillante, era roja. Tal vez la veía de una manera tan rica por el reflejo de los rayos del sol al amanecer, o simplemente la idolatraba. Era mi obsesión, mi motivación, mi culto y mi creencia, era mi amor a la esperanza de encontrar, de nuevo, las ventanas abiertas y de respirar el aire que expulsaba esa gente.

Esa gente. Los amaba sin conocerlos. Sonreía de vez en cuando en el carretón de papá, o mientras recogía botellas de las calles. Esa gente eran mis personas favoritas, los humanos que mejor me conocían en el mundo. ¿Ya mataron a otro en Revolución? - hablaba con ellos todos los días- ¿A poco ya se echaron al dueño del bar? - me imaginaba la conversación paseando con ellos en el jardín de su casa a la que nunca había entrado. Luego, despertaba de mi sueño con un coscorrón de mi papá, otra vez con sus ojos violentos y su sonrisa tensa, entre el revoltijo de gente, manos sudadas que me recorrían el cuerpo y los gritos de Doña Lupe para que comprara sus mamelucos.

Ahí mis ojos se abrían, se estiraban y se hacían omnipotentes: podía ver, después de un rato ensimismada, los alrededores del castillo en las nubes.

Era miseria.

Puede que esté exagerando. Perdónenme por no decir lo que quieren escuchar, yo solo digo lo que veo y no lo que los demás quisieran ver. Me disculpo si mis palabras son tan dolorosas que es fácil atragantarse con ellas y fácil, muy fácil, dejar de respirar. Y es que era la calle, esa maldita calle que se creía un dios. Era presumida, se pavoneaba y serpenteaba por toda la ciudad, hasta alcanzar sus límites. Pero no se conformaba con eso. Salía, se doblaba, giraba e incluso se retorció en su propia maldad, recorriendo todo el mundo, juzgando a sus habitantes y partiendo el globo en dos. Era inherente al tiempo o a la infinidad de éste, era natural entre nosotros. Yo vivía de este lado, donde las grietas del concreto chamuscado se hacían más evidentes. Era el lugar donde el rojo y el azul pintaban los tejabanos; eran las sirenas diarias. El humo del mundo en el que vivía venía de las bocas de otras personas. Es gracioso cómo la gente puede fumarse las plantas.

Volaban, libres y violentos, pedazos de cobre sobre nuestras cabezas. De vez en cuando, atravesaban a los vecinos. Otras veces se perdían en el aire, fingían desaparecer. Pero siempre reaparecían, perdidos y encontrados incrustados en los palos de mi casa, o igual en las cabezas de los perros moribundos.

Pero el otro lado era el que me interesaba. Esa gente no era solo la niña bonita que se asomaba en las ventanas de la casa, ni la señora de nariz respingada que paseaba a sus perros en el jardín del castillo. Esa gente era la gente en la pancarta de la calle Independencia, con sus sonrisas compradas y sus ojos traicioneros, que lo siguen a uno y lo ven con indiferencia. De vez en cuando las pancartas cobraban vida, salían de sus casas de la colina (pues mi casa de la colina no era la única, pero sí mi favorita) para pasear y declamar en todo el mundo su felicidad. Entonces, sus ojos se oscurecían, como tapados por una venda, una venda que los cegaba y les impedía ver más allá de su comodidad. En ese momento uno se daba cuenta de que sus ojos traicioneros no eran traicioneros, que su indiferencia no era indiferencia, sino una laguna semi llena o semi vacía de conocimiento. Por ello, su desdén no me lastimaba. ¿Por qué enojarme por sus sonrisas hirientes? ¿Por qué enojarme con gente que sí era feliz a pesar de la pobreza de otros?

Pero luego las letras de los periódicos cambiaron.

Ya no hablaban de los narcotraficantes ni de los migrantes que le asustaban a mi nana, mi abuela, que porque le quitaban el trabajo. Ya ni siquiera se mencionaba que ya no había medicamentos para mi primo Juan, que se moría de leucemia en el veinticinco. Ahora una ola de misterio, un halo de muerte venido de China (¿qué es China?) comenzó a hacer el aire un poco más aplastante. Pero aún estaba lejos de preocuparme, o a cualquiera de nosotros. “Nombre mijita, tú no te apures. Todos esos chinos allá comen puro mugrero. Que gatos, que cucarachas, todo se lo echan. Tú Lucía sigue comiéndote los tacos de tu abuelita, que si son pocos, están muy buenos”, decía mi abuela desde la cocina, haciendo lo que podía para cocinar la grasa chorreante de unos cueros viejos.

Pero el aire, cada vez más denso y pesado, me decía lo contrario.

I. El silencio de la miseria

PUM PUM

Silencio.

PUM PUM. Era la reja de la casa (no era difícil saberlo, la madera y las casas pequeñas no saben discriminar el ruido exterior)

PUM PUM. Un grito, la Santa Virgen en el suelo, hecha añicos, y un estruendo que paralizó la noche.

Alguien había entrado a la casa. Alguien estaba en el tejabán. Gritos preguntando que dónde estaba mi papá, que donde estaba el polvo blanco. Mi abuela, los ojos salidos de terror, era su hijo. Del otro lado de la puerta de cartón de la habitación, el hombre al que llamaba padre tirado en el suelo, aún con la boca chorreando soto. PUM PUM. Ya no eran los hombres que intentaban tirar la puerta. Era mi propio corazón. Se me caía al suelo y rebotaba y con cada rebote se hundía más en la tierra del piso. Ruido de cartón roto y de lona rasgada. Pasos en la pequeña cocina, montón de vasijas. Metal ardiendo, hambre insaciable de venganza. Tiro. Tiro, tiro, tiro. Silencio.

Había un ruido, un ruido que me molestaba. No eran las burbujas del charco de sangre que me gritaban la muerte. Era un calor extraño en mi garganta. Tenía la boca abierta y los ojos medio húmedos. Estaba gritando y los hombres se dieron cuenta. Me vieron y me sonrieron. De seguro esperaban tener otro tipo de presa... Pero no. Mi abuela tomó una cazuela rota y me gritó que corriera.

Corría descalza por las calles del Hoyo. ¿A dónde iba? No lo sabía. Solo sentía el miedo que me agarraba de los cabellos de la coronilla y me jalaba de nuevo al borboteo de sangre. Las callejuelas se doblaban y se estiraban cada vez que yo intentaba llegar al otro extremo de ellas. Las esquinas, malandras, se hacían más grandes y más filosas.

No sé qué pasó por mi mente. Ya no sabía que veía ni qué hacía. Sólo sé que de un momento a otro yo me encontraba frente a la casa de la colina (no es que fuera difícil encontrarla, estaba a plena vista) ¿Qué hacer? Timbré. Una, dos, tres veces. Acudir a la policía sería matar a mi abuela, la estación quedaba lejos. Ella estaba allí, con ellos. ¿Por qué no confiar en mis personas favoritas?

Que tonta. Una mujer con curvas vistosas, piel de porcelana y sandalias caras abrió la puerta. Todo hubiera sido perfecto en ella, de no haber sido que me gritaba con asco. Lo peor, era que ni siquiera entendía muy bien sus gritos. Palabra, respiración forzada, palabra, una tormenta de tos y aullidos de su pecho: se lo agarraba, masajeaba y derramaba lágrimas, no de rabia, no de dolor, solo no podía detenerlas. La cara, empapada de su saliva. Los ojos hinchados de dolor, los pies lacerados por las piedras del camino. En este estado me cerró mi ídolo la puerta, desgraciándome el nombre y llamándome cosas que no puedo escribir.

¿Por qué no llamé a la policía?

II. Venido de China (¿Qué es China?)

La mancha en el piso de la cocina me molestaba. No teníamos piso ni de cemento ni de mosaico, así que cualquier mancha era difícil de limpiar. Tomé mi caja de chicles, siempre con la vista fija en la sangre ahora de color marrón y me amarré el mecate alrededor de la cintura. Suspiré. De vez en cuando me dolía el pecho. Cada vez que respiraba, sentía como si mis pulmones se colapsaran en vez de llenarse. Le había dicho a mi abuela, pero ella insistía en que era la Angustia. “Yo me siento igual. Estos cinco días que tu papá ha estado internado me han desgastado mucho. No sé qué haremos si le piden medicinas que no hay en el seguro.” Angustia no era alguien nuevo. Angustia venía cuando se me caían los chicles en la banqueta, sabiendo que un tufo a alcohol y un cinturón me esperaban en casa. Angustia venía con mis gruñidos de estómago. Sabía que a mi abuela se le notaban más las arrugas, pero lo más preocupante era el chirrido agudo de su pecho: una melodía de taladro que te perforaba los oídos y no te dejaba dormir. Ya a los diez años y bajo estas condiciones yo sabía que estos ruidos no eran culpa de Angustia. Justo pensaba en ella cuando escuché el ruido de una masa colapsando. Corrí el pequeño trecho que me separaba de nuestra habitación-un colchón con los resortes asomándose, unas cuantas mantas y unos mandiles colgados como parte de la pared- solo para encontrarme a la abuela delirando en el piso. Yo, la mirada fija en los dedos de sus pies, llenos de mugre y cayos de tanto andar en la calle. Ella, con un pecho melodioso y burbujeante que cantaba de vez en cuando, rompiendo el sólido y aplastante ambiente que me impedía respirar. Entonces, un no sé qué- el canto de un pájaro-me despertó de mi aletargamiento, y un grito igual de sólido que el ambiente salió de mi ser, volando la casa en pedazos y agrietando el tiempo y el espacio.

III. No todos somos iguales

Había corrido con la única vecina que tenía teléfono de casa para poder llamar a una ambulancia. Los paramédicos inundaron la calle con sus trajes de película de terror, sus lentes extraños y temor-sí, temor- escondido detrás de sus ojos. ¿Qué es lo que estaba pasando?, me preguntaba una y otra vez, mientras observaba, ya en la sala de espera del hospital, el mundo desde la ventana del quinto piso. Un suave murmullo me alteraba, y hacía que Angustia se presentara y me mirara con sus ojos fijos y vacíos durante horas y horas. Covid, covid, decían los alientos cansados de

todos los hombres y mujeres en la sala de espera. Todos parecían soldados con sus mascarillas de tela, dejando sus labios tristes y desesperados escondidos del mundo exterior. Sus ojos no decían nada, solo se perdían entre los miles de caminos infinitos que llevaban de la sala de espera al resto de las áreas del hospital. Entre tanta confusión, moría gente en el lugar. Un hombre redondo y peludo yacía en una camilla, semi desnudo, con una parvada de personas que iban y venían entre lágrimas exigiendo que se hiciera algo. Entonces, el pecho del hombre se convirtió en una bomba de tiempo, con su corazón dormido en su cavidad. ¡iba a explotar! Pero no se podía hacer nada. Se necesitaba llenar El Formulario. Se necesitaba quitarle al hombre minutos de posible vida para llenar el papeleo. Era obvio que la tinta escrita en el Formulario no mentiría, que el rol de Ángel de la Verdad del papeleo identificaría, solo con el toque del papel y la inmortalización de las palabras, si el hombre peludo estaba infectado. De repente, una mujer de cara de cartón comenzó a gritar. Casi parecía que sus aullidos desgarrarían sus ropas y que el hombre no moriría, finalmente, de un ataque al corazón, si no del temor que causaba escuchar sus lamentos. “¿Y que se supone que hagamos? ¡Díganme que se supone que tenemos que hacer! Mi esposo se está muriendo, ¡mi esposo se está muriendo! Ya no tenemos dinero. ¿Sabe cuánto cuesta la insulina? ¿Sabe cuánto cuesta ir a un hospital privado? No es mi culpa ser pobre ¿Por qué solo nosotros tenemos que morir por su negligencia?”

¿Por qué solo los pobres tienen que morir de coronavirus?

La pregunta flotó sobre cada una de nuestras cabezas y se depositó sobre nuestros corazones. No, no era completamente nuestra culpa. No era mi culpa tener que trabajar doce horas diarias en tres trabajos diferentes, ya fuera en el carretón de basura con mi papá, recogiendo botellas o vendiendo dulces en las avenidas principales y que aun así no nos alcanzara. No era mi culpa que la educación gratis que me debería dar el gobierno ni siquiera me fuera impartida, porque tenía que sobrevivir. No era completamente nuestra culpa.

Estaba justo enfrente del cuarto de mi abuela. Recordé a la mujer de la colina y pensé que ella sobreviviría. Tenía el dinero suficiente para comprarse el plasma del coronavirus -solo de eso hablaban en la sala de espera- o de irse a atender a los Yunaites Esteits. ¿Y mi abuela? ¿Quién curaría a mí abuela?

Eso ni Dios me lo podía resolver.

FIN.